

Prólogo a la primera edición

La anemia es, indudablemente, una de las patologías más frecuentemente diagnosticadas en niños. Sin embargo, muchas veces su detección es un hallazgo casual durante la realización de estudios de control rutinarios en pacientes ambulatorios o en niños internados por otras patologías que no tienen relación con la anemia. La mínima o nula sintomatología clínica de esta patología en sus formas leves a moderadas es, probablemente, la causa de este subdiagnóstico. En nuestro país se estima que uno de cada dos niños menores de 2 años y que una de cada tres mujeres en edad fértil están anémicos. La magnitud del impacto sobre la sociedad de las consecuencias sanitarias, sociales, laborales y económicas derivadas de esta altísima prevalencia no necesita ser explicada. Se debe tener en cuenta que la anemia, especialmente aquella secundaria a deficiencias nutricionales, es solo una manifestación de una enfermedad sistémica mucho más grave que compromete, entre otros, el crecimiento corporal, el desarrollo neurológico y el sistema inmunológico. La deficiencia de hierro, que afecta a casi un billón de personas en el mundo, es responsable de la enorme mayoría de las anemias. Esta elevada prevalencia, sumada al hecho de que algunas consecuencias de la ferropenia grave son parcial o totalmente irreversibles, llevó a la Organización Mundial de la Salud a establecer como uno de sus máximos objetivos la reducción o eliminación de esta. Por lo tanto, la prevención y el diagnóstico precoz son parte fundamental de la estrategia dirigida a cumplir con este objetivo. Si bien la solución definitiva está más allá de las posibilidades que pueden brindar las acciones individuales, ya que pasa por la aplicación de políticas económicas, sociales y sanitarias destinadas a mejorar la calidad de vida de la población en los aspectos concernientes a salud, educación, trabajo y vivienda, el rol del médico pediatra sigue siendo fundamental. No debe olvidarse que existen muchas otras causas de anemia, algunas de ellas altamente frecuentes en nuestra población. Por ejemplo, se estima que dos a tres de cada 100 personas habitantes de las grandes ciudades de nuestro país padecen talasemia menor, generalmente no diagnosticada.

Existe en nuestro medio un enorme vacío en lo concerniente a literatura relativa a trastornos hematológicos en Pediatría. La finalidad de este primer libro es tratar de cubrirlo brindándole al médico pediatra una herramienta que le permita prevenir, tratar, diagnosticar y comprender mejor los distintos tipos de anemia. Hemos tratado de utilizar un lenguaje claro y conciso, fácil de comprender para el clínico pediatra, pero a la vez tratando de mantener el máximo rigor científico y la información más actualizada que nos ha sido posible. Esperamos haberlo logrado...

Los autores